

útil saberlo. Ved á los jueces... ved á la Policía. Hay aquí algo de misterioso que podéis aprovechar. Pero no sé dónde se encuentra.

—Tal vez llegue yo á saberlo—dijo Florina.

—Eso he creído. Tú intentarás encontrarla. Le dirás lo que sé, la ayudarás y pondrás á todos tus amigos en acción... ¡Ah! ¡si pudiéramos salvar á su marido! Piensa en que esto te interesa, y que le debes tu protección y tu agradecimiento. Sin ti, yo no hubiera robado; sin nosotros, Blanchard no hubiera sido reducido á prisión otra vez... y hoy no estaría en el Baño.

Florina comprendió que era necesario inspirarle confianza, y contestó con calor:

—¡Cuenta conmigo, cuenta conmigo! Le salvaré... te lo prometo.

Y, aprovechando la situación con su habilidad acostumbrada, fingió profunda emoción, se acercó á su marido, le cogió las manos y le miró con ojos llenos de lágrimas.

Renunciaba á su primera táctica. Sus coqueterías cambiaban de forma y adoptaba un nuevo plan. Después de haber tratado de captivar á su marido por los sentidos, intentaba ganarlo por el corazón; y el pobre hombre, siempre amoroso, según su espontánea confesión, veía caer por tierra sus más firmes resoluciones. Un año de separación le había hecho fuerte: un momento al lado de su adorada le hacía tan débil como antes.

Al separarse de ella estaba completamente dominado. Florina había llegado al resultado

apetecido; inflamar su pasión para que pensase menos en Blanchard, é inspirarle bastante confianza para que el asunto lo dejara de su cuenta.

XXXI

Como tantos otros, Florina pensaba por la mañana, descansada de alma y de cuerpo, en aquellos asuntos del momento que la ocupaban, y tomaba sus resoluciones. Al día siguiente de la visita de su marido despertó á eso de las nueve, y, muellemente reclinada al borde de su lecho y bien abrigada, empezó á reflexionar.

Preguntóse en primer término si debía ó no levantarse al punto, vestirse é ir á casa del marqués de R... Era evidente que gozaría de algún contento al decirle:

—En vez de tener en vuestra asociada completa confianza, os hacéis el misterioso, querido marqués... hasta el punto de que la casualidad se encarga de darme á conocer vuestros secretos. Ha tiempo adiviné, gracias á nuestro encuentro en el tribunal y á varias otras circunstancias, que erais cómplice del asesino Jagon, que he descubierto se llama Simonnet, y de quien sois cercano pariente... En verdad, querido, que hubierais ganado más diciéndome todo y dejando á mi cargo el cuidado de velar por vos. Para sacaros de tal aprieto no os estorbo en verdad; porque, no os hagáis

ilusiones, ahora el peligro es serio. El verdadero nombre de Jagon es conocido de mi marido y de un picaro redomado que se llama Loustalot. Si descubro que la marquesa de R... es la señorita Simonnet, que ésta debió heredar á Claudio Guérin, que ha estado mezclada indirectamente en el asunto, que las primeras sospechas de la Justicia recayeron en ella, vuestro reposo se verá muy amenazado... Busquemos, pues, juntos el medio de obtener que se callen y nos dejen en paz.

Después de algunos minutos de reflexión, Florina decidió no hablar á Lorenzo semejante lenguaje.

—Aún seré más fuerte enfrente de él—se dijo—ocultándole mi secreto; secreto terrible que debo guardar hasta el día en que tenga interés en hacerlo público. Entonces lo mostraré de pronto, y el asombro, el terror, acabarán por poner á Lorenzo bajo mi absoluto dominio.

Sonrióse y añadió:

—En su compañía cobro corretaje á terceros. No sería malo seguir ese sistema con mi asociado, y enriquecerme más pronto exigiéndole participación mayor en mis beneficios. En lugar de esperar con paciencia á que rompa con su mujer y se una conmigo, sería original imponerme de cualquier modo y decirle: *Mi querido amigo, me gustáis. Os amo por vuestra buena figura, y sobre todo por vuestros vicios, que inflaman mi corrompida sangre. Tened la bondad de abandonar á vuestra bella Matilde y de vivir conmigo. De asociada quiero convertirme en dueña.*

Recostóse en la almohada, y pasando á otros pensamientos añadió:

—Por lo demás, ¿qué concurso me prestaría para conjurar el peligro que le amenaza? ¿Qué estratagema imaginaria que no sea yo capaz de imaginar?... En primer lugar, examinemos ese peligro con sangre fría... Por lo que hace á la Policía, ¿existe realmente? Si mi marido y ese Loustalot tuvieran el pensamiento de ir á decir mañana á la Prefectura:—*Vuestro antiguo condenado Jagon se llama Simonnet. Debe ser el padre de Matilde Simonnet, hoy marquesa de R...*—les responderían:—*¡Bueno! ¿y qué? ¿Qué queréis decir con eso? ¿Pretendéis hablar-nos aún de la inocencia del famoso Blanchard, é intentáis demostrarlo con ayuda de vuestro descubrimiento? Dejadnos en paz. Por el momento los asesinos no escasean, y tenemos á nuestro cargo no pocos asuntos para que vayamos á ocuparnos de los ya terminados.*

En efecto, por esta parte el peligro no era serio ni probable. Pero, si en vez de dirigirse á la Policía, la casualidad se encargaba de que tales confidencias se hicieran á Roberto de Meillant, el asunto tomaba desde luego otras proporciones. El criollo se instruiría por su cuenta con los elementos reunidos, y los llevaría al juez de Instrucción, ya preparado; echaría mano de la influencia de sus amigos, interesaría á los periódicos en su favor. Contra esta eventualidad había, pues, que precaverse.

Por el momento, Florina respondía de su marido, que le dejaría obrar en libertad, porque ella le había prometido su concurso; pero la

casualidad podía hacer que se encontrara con Sofía Blanchard, y en este caso todo estaba perdido. Este era el peligro mayor, y el único medio seguro de conjurarlo era obligar á Roberto de Meillant á que volviera pronto á las colonias, como ya lo había pensado, antes de que, dormido en una dulce pereza, prolongase su permanencia en París. Mas ¿cómo provocar y precipitar su partida?

Florina pensó largo rato sin tomar resolución alguna práctica; díjose que tal vez hallaría junto á Roberto de Meillant la idea que en aquel momento no surgía de su cerebro. Además, no le había visto hacía varios días; quizás había abandonado su proyecto y tal vez pensaba en salir de Francia sin necesidad de estímulo ajeno.

Apenas se vistió, Florina salió de casa y se encaminó á una habitación que Lorenzo había puesto á disposición suya. Allí cambió sus vestidos de mujer por el chaqué del *dandy* y se puso un pardesús ancho (precaución necesaria para ocultar que engordaba), y mandó que la llevaran á la calle de Helder. Eran próximamente las once.

A esta hora, después de sus ejercicios y paseos de la mañana, volvía á casa Roberto antes de almorzar.

—Llegáis á tiempo—dijo éste al ver á su visitante.—Si venís un cuarto de hora antes ó después, no me encontráis.

—Fortuna ha sido—dijo el vizconde.

—Con vuestro permiso continuaré vistiéndome.

—¡No faltaba más!

—Sentaos en ese canapé. Voy á pasar á mi cuarto. Dejaremos la puerta entreabierta y hablaremos. ¿Os parece bien?

—Perfectamente.

Sin dejar su ocupación, Roberto dijo:

—Ha tiempo que sois muy caro de ver...

¿Dónde os metéis?

—En verdad que he sentido no frecuentar vuestro trato. Pero ¡qué queréis! ¡La vida de París tiene tanto interés... hoy por hoy!... Almuerzos, comidas, cenas, partidas de todo género...

—En todo caso, ese género de vida no os sienta mal—replicó Roberto.—Desde que entrasteis me fijé en vos y veo que estáis muy grueso.

—¡Ay de mí! Es muy cierto, y me desconsueta.

—¡Cómo así! Las buenas carnes no tienen nada de desagradable.

—A la vista es posible—replicó el vizconde,—pero esto es muy pesado para llevarlo encima, sobre todo para un hombre... En una mujer varia.

Como Florina estaba sola, se miró al espejo y se sonrió al pronunciar estas palabras.

Pero no había ido á casa de Roberto de Meillant para hablar de su delgadez ó gordura. Comprendiéndolo así, se levantó y se aproximó al cuarto de vestir.

—Otro motivo me ha impedido veros—dijo.—He tenido que pasear por París á un pariente provinciano... A propósito, ahora re-

cuerto que ese pariente desea enviar á las colonias, á la Martinica... creo, una caja que contiene algunos objetos preciosos. ¿Cuál es el mejor medio de enviarla? ¿Sabéis de alguno de vuestros paisanos que esté á punto de salir de Francia y quiera encargarse de llevar á su destino esa caja?

—No, por cierto. Por ahora no sé que nadie... pero si vuestro pariente puede esperar hasta que yo me vaya—dijo Roberto,—me encargaré de ello gustoso.

—¿Cuándo pensáis marchar?

—No lo sé de cierto... Me detienen en París muchos asuntos. Podré tardar tres meses, tal vez seis...

—¿Es decir, que no estáis seguro?

—Ni poco ni mucho.

Roberto acabó de vestirse y volvió al salón acompañado del vizconde.

—Aun cuando quisiera marcharme inmediatamente—le dijo,—no podría hacerlo.

—¿Por qué?

—Mi obstinación me detendría en París.

—¿Qué obstinación?

—Sí, hombre... el verdadero cómplice de Jagon, que me he propuesto encontrar.

—Es verdad—dijo el vizconde;—no me acordaba de eso. ¿Aún continuáis las averiguaciones?

—Siempre.

—¿Tenéis esperanzas?

—¡Vaya! Yo siempre tengo esperanza, es decir, confianza absoluta en mi buena estrella y en mi voluntad. Pero, mi querido vizconde,

me esperan para almorzar, y estoy ya retrasado. Dispensadme que os despida, mejor dicho, que baje con vos á la calle.

—Soy vuestro. Vamos.

—Voy por un papel que olvidaba, y vuelvo.

Entró de nuevo en su cuarto de vestir, y el vizconde tomó su sombrero, que habia dejado en el canapé. Al bajarse para cogerlo vió en uno de sus ángulos, medio tapado por un almohadón, un pañuelo rodeado de encaje.

—¡Calle!—dijo.—¡Parece que se reciben aquí señoras!

—Y, para ponerlo en claro y no descuidar detalle ninguno, apresuróse á ocultar el pañuelo en uno de sus bolsillos.

XXXII

Cuando salieron á la calle de Helder, Roberto de Meillant tomó á pie el camino del boulevard, y Florina subió al coche que la habia conducido. Apenas ocupó su asiento, sacó del bolsillo el pañuelo de que acababa de apoderarse y lo examinó. El encaje era riquísimo y de hermoso dibujo, pero la batista carecía de cifra y de marca.

—Es el pañuelo de una señora de mundo—dijo sin vacilar Florina.—Una medio mundana, una artista ó cualquiera otra mujer galante que no teme el comprometerse, hubiera man-

dado bordar una corona ó una cifra en este hermoso trapito. Una mujer casada toma más precauciones: en su casa, y cuando hace visitas legales, no teme á la heráldica; pero, tratándose de citas misteriosas, cuida muy bien de que cualquier objeto de su tocado, susceptible de pérdida ó extravío, carezca de marca y distintivo.

Así reflexionando, Florina quería acertar el nombre de aquella que de este modo olvidaba en casa de Roberto de Meillant sus deberes... y el pañuelo.

Naturalmente pensó antes que en otra en la señorita Guérin; pero en seguida se dijo que Roberto respetaba demasiado á su prima y novia para recibirla en su casa, suponiendo que ella consintiera en ir allí. Además, aquel pañuelo, que valdría de quince á veinte luises, no podía pertenecer á una señorita soltera ni á una persona de la posición de Juana.

Y no siendo de la señorita Guérin, ¿en qué otro nombre conocido podía fijarse la mente de Florina? Porque era muy natural empezar buscando de cerca y no de lejos. Entonces, para no descuidar nada, con el fin de que sus cálculos fuesen más concienzudos, colocó el pañuelo en uno de los cristales del coche y examinó atentamente el dibujo del encaje. Terminado su examen, dijo lentamente estas palabras:

—Sí... no me equivooco; yo lo he visto en alguna parte, en cierto armario de luna de la calle de Boissy d'Anglas... cuando era doncella.

Continuó ordenando metódicamente su requisitoria; cerró los ojos, de los que ya no ne-

cesitaba; dilató sus narices, de que iba á servirse, y, aproximando á ellas el pañuelo, aspiró largo tiempo el perfume que exhalaba.

—Está bien—dijo al cabo de un instante. También me es conocido este perfume.

Reflexionó y dijo:

—Pero en un asunto tan grave no puedo contentarme con el dibujo ni con el perfume. Necesito pruebas, y las tendré hoy mismo haciendo una visita á esa buena marquesa.

A las cuatro se dirigió hacia la calle Monceau. Allí la recibieron, mejor dicho, le recibieron (porque desde la mañana Florina se trocó en el vizconde de Champy) de igual manera que en la calle de Helder.

—¡Cuán caro sois de ver!—le dijeron.

—Os agradezco, marquesa—replicó—que hayáis notado mi ausencia. Pero ya comprenderéis... los saraos, los bailes, las comidas...

Y repitió, punto por punto, lo que había dicho por la mañana á Roberto. Matilde le dió también igual respuesta que Meillant.

—Páreceme que la vida que lleváis no os fatiga demasiado... Tenéis muy buena cara, colores como una muchacha, y engruesáis á maravilla.

—Está visto que no puedo hacerme ilusiones sobre el particular—respondió mirándola fijamente.—Es la segunda vez que me hablan hoy de mi gordura.

—¿Quién es la persona tan espiritual que opina como yo?

—Roberto de Meillant.

Matilde se estremeció, y para disimular se

apresuró á decir con acento de indiferencia casi desdeñosa:

—¿Y cómo anda ese... caballero?

—Muy bien: ¿no le habéis visto en todo el invierno?

—No... Lo sabriais, pues que sois vos quien debía presentármelo.

—Es cierto... ¿y seguís queriendo que os lo presente?

—¡Oh! ¡no!... No me gustan las personas que se hacen rogar... Es demasiado tarde.

—Verdad; tanto más, cuanto que el señor de Meillant se va en breve á las colonias.

—¿En breve? —dijo Matilde levantando la cabeza. —¿Quién os lo ha dicho?

—El mismo. Ha recibido esta mañana cartas importantes que le obligan á partir.

La marquesa halló fuerza para responder con acento casi indiferente:

—Pues que se vaya.

Pero palideció, plegóse su frente y asomó á sus ojos la emoción que experimentaba. Al propio tiempo y como por instinto echó una mirada al reloj.

Florina había adquirido el convencimiento que buscaba, y una hora más tarde, si alguna duda abrigaba aún, debía completar ese convencimiento. Se imaginó que, en cuanto saliera de casa de Matilde, ésta se dirigiría sin duda á casa de Roberto, con el objeto de saber si era verdad que había recibido por la mañana nuevas noticias y se disponía á salir de París. Así es que, una hora después de su visita, Florina, sentada en un cupé, cuyas cortinillas

estaban medio corridas, vigilaba el hotel de la calle de Helder.

Aguardó largo rato, y ya empezaba á desesperar, cuando, á eso de las seis, una mujer con el velo echado y envuelta en un amplio abrigo que ocultaba su talle, salió por la puerta y se dirigió con paso rápido hacia el boulevard, sin mirar tras de sí. Florina la siguió, y en breve adquirió la certidumbre material, como la había adquirido moral por la mañana.

Entonces volvió á su casa á descansar de su laboriosa tarea. Mas, si su cuerpo iba á permanecer por un instante ocioso, no iba á parar ni un instante su pensamiento. Jamás el ingenio de Florina había tenido tan hermosa ocasión para ejercitarse.

Rocostada, como la vispera, en una silla larga, envuelta en amplia bata, con un cigarrillo entre los labios, repasó en su imaginación los acontecimientos del día para deducir de ellos consecuencias útiles.

Para ella, Roberto de Meillant era amante de Matilde, y estas relaciones abrían á Florina nuevos horizontes, permitiéndole conjurar infinidad de peligros y dominar la situación. Porque, embriagada por sus anteriores éxitos, enardecida por la intriga, calenturienta por la lucha que había emprendido, quería sostenerla ahora sola, dirigirlo todo, llevar en la mano todos los personajes de este drama y todos los hilos de tan tenebroso asunto. La responsabilidad de los próximos acontecimientos, precipitando nuestro desenlace, recae, pues, sobre Florina. Sólo ella los ha provocado; pero,

no pudiendo dirigirlos como quisiera, ha entreabierto el abismo sin pensar en medir su profundidad.

XXXIII

Dosde que murió su padre, dos veces á la semana, los martes y los viernes, hiciera bueno ó mal tiempo, Juana Guérin atravesaba todo París y la mayor parte de Batignolles para dirigirse al cementerio de Saint-Ouen. Casi siempre la acompañaba Zoé Lacassade; pero, retenida ésta algunas veces en casa por las necesidades domésticas, dejaba á Juana que hiciera con Sofía Blanchard su piadoso peregrinaje.

El viernes que siguió al descubrimiento de Florina, la señorita Guérin acababa de subir á un coche con Sofía, á las dos de la tarde, cuando una persona que estaba en acecho hacía mucho tiempo en la esquina de la calle de Saint-George atravesó á la de Châteaudun, entró en la casa señalada con el núm. 39, siguió por la escalera de la izquierda y se detuvo delante de la puerta de una de las habitaciones del segundo piso.

De esta habitación acababan de salir Juana y su criada, y en ella se hallaba sola á la sazón Zoé Lacassade. Oyó ésta llamar, salió á abrir y se encontró con una señora muy decentemente vestida, de apariencia respetable, grises cabellos y agraciada y simpática sonrisa.

—¿La señorita Juana Guérin?—preguntó.

—No hace cinco minutos que acaba de salir—dijo Zoé.

—¡Ay, cuánto lo siento!... ¿Y volverá pronto?

—Tardará lo menos tres horas; ha ido al cementerio de Saint-Ouen.

—¡Ah... comprendo! A la tumba de su padre. ¡Pobre señorita!... Siento mucho haberos molestado... ¡ya volveré!

—¿Tendréis la bondad de decirme vuestro nombre, señora, para que, cuando vuelva?...

—Con mucho gusto. Soy la señora viuda de Bonneville. Era vecina, y aun pudiera decir amiga, del señor Claudio Guérin.

—El tío de Juana. En ese caso, entrad, señora; no os quedéis en la escalera. Yo soy amiga de Juana, vivo con ella y tendré un verdadero placer en recibirlos en su ausencia.

—¿Sois tal vez la señorita Zoé Lacassade?—preguntó la señora de Bonneville.

—Justamente. ¿Conocéis mi nombre?

—¡Quién no lo conoce! ¿No comparecisteis el año pasado, señorita, en la Cour d'Assises, con motivo de aquel triste proceso?... Todos los periódicos se ocuparon de vos, y cuantas personas se interesan por la señorita Guérin recuerdan el cariño que le demostrasteis.

Y así hablando, la señora de Bonneville, precedida por Zoé, que le enseñaba el camino, había entrado en el modesto salón de las dos amigas.

—¡Cuánto tiempo que deseo ver á esa querida señorita Guérin!—continuó la visitan-

te mientras tomaba asiento en una butaca.— Pero mi salud me obliga á vivir en el Mediodía... allí fué donde supe el asesinato del capitán... ¡Qué pena me causó!... Ya veis, su hermano me había hablado tanto de él... Le quería mucho.

—Sin embargo, le desheredó—objetó Zoé.

—¿De veras?—replicó la señora de Bonneville con fina sonrisa.—Por mi parte, nunca he concedido gran crédito á ese famoso testamento. La señorita Matilde Simonnet era muy... *larga*.

—¡Ah! ¿La habéis conocido?

—¡Oh!... no—dijo púdicamente la señora de Bonneville.—No conozco ese género de señoritas... una actriz de un teatrillo... Pero vivía en la casa del señor Claudio Guérin, en el mismo piso que él, y he encontrado con frecuencia llamando á su puerta ó subiendo las escaleras á la dama en cuestión. Era muy linda. No me maravillan sus éxitos, su matrimonio, y sin embargo...

—¿Sin embargo, qué?—preguntó la señorita Lacassade.—¿Hay algo más?

—¡Cómo si hay algo más! ¿Sois vos quien me lo pregunta?

—Sin duda.

—Como ella debía interesaros mucho, creía... Siento haber sido indiscreta.

—Vos no sois indiscreta, señora; y si eso me interesa tanto como decís, os ruego, por el contrario...

—No, no, señorita Lacassade; á pesar de la simpatía que me inspiráis desde hace mucho

tiempo, permitidme que calle. No soy mujer capaz de divulgar secretos de esa gravedad. Por otra parte, señorita, no quiero continuar robándoos el tiempo. Me retiro, y volveré otro día á ver á la señorita Guérin antes de que marche á las colonias, y hablaré con ella un rato de su querido tío... ¿Cuándo pensáis marchar?

—No lo sabemos... Ni aun siquiera hemos pensado en ello. Juana quiere hallarse aquí para el aniversario de la muerte de su padre, y también está casi decidido que su matrimonio se celebre en Francia.

—¿Su matrimonio?... ¿de veras? ¿Y quién es el novio?... Se trata de la sobrina de Claudio Guérin... perdonad mi indiscreción.

—Juana—dijo Zoé—se casa con su primo Roberto de Meillant.

—¿Cómo habéis dicho?

—He dicho Roberto de Meillant. ¿Acaso no habéis oído nunca hablar de él?

—Por el contrario, mucho, demasiado... Pero nunca hubiera podido suponer... ¡Pobre niña!

—¡Cómo pobre niña!... ¡Oh! dispensadme—dijo la arrebatada Zoé;—no admito frases como ésa... ¿Por qué habéis dicho *¡Pobre niña!* hablando de mi amiga, y cuando se trata de su matrimonio? Ahora deseo en absoluto que tengáis la bondad de explicaros.

—Y yo, señorita—dijo con dignidad la señora de Bonneville levantándose,—deseo cortar aquí nuestra conversación... Lamento mi exclamación, se me ha escapado, y os ruego me

dispenséis... Pero hagamos punto final, os lo suplico, señorita Lacassade, y hasta la vista.

—Dispensadme, señora — dijo Zoé con tono resuelto. — Os he pedido una explicación, y os suplico que me la deis. Pensad que soy criolla, es decir, testaruda.

Y al hablar así se colocó ante la puerta del salón, como para impedir que la señora de Bonneville saliera por ella. Esta, intimidada por aquella actitud y por la resolución que se leía en los ojos de Zoé, en lugar de intentar forzar la puerta, tomó el partido de sentarse y esperar. Enorgullecida por su éxito, conmovida por aquella sumisión, Zoé abandonó la puerta que defendía, y, acercándose á la señora de Bonneville, le dijo con la inflexión más dulce de su voz:

—Os pido perdón por mi insistencia, señora; pero, cuando se trata de mi amiga, nada me detiene. Habéis pronunciado, refiriéndoos á ella, algunas palabras que me han alarmado, y de nuevo os pido, mejor dicho, os ruego, que tengáis la bondad de explicármelas.

—No tengo que explicaros nada — respondió la señora de Bonneville con tristeza.

Y cambiando bruscamente de tono añadió:

—¡Ah, señorita!... hacéis mal, muy mal, en obligarme á decir una cosa que quisiera callar. En fin, puesto que lo exigís, ¿está verdaderamente decidido el matrimonio de la señorita Juana Guérin con el señor Roberto de Meillant?

—Por completo se decidió así en cuanto llegó á Francia el señor de Meillant.

—Sí, en aquella época no me extraña; pero, desde hace tres meses, ¿no han cambiado en nada esos proyectos? ¿Viene aquí con igual frecuencia que antes?

—No: sus asuntos le traen muy atareado.

—Sus asuntos... ¡Ah!... ¿no lo creéis así?

—Así lo creo. ¿Me equivoco acaso?

—¡Oh, Dios mío! — dijo la señora de Bonneville. — Hay asuntos de muchas clases... Asuntos de dinero, asuntos de corazón... Estos últimos son los que sin duda le detienen lejos de esta casa.

—¡Lejos de esta casa!... ¡Oh! ¿qué habéis dicho, señora? El señor de Meillant sólo ama á su prima.

—¡Esto es lo que yo temía!... ésta es la razón que tenía para no hablar... Me habéis obligado á ello, ¿lo reconocéis?

—Sí; pero explicaos claramente. ¡Basta de reticencias, por favor!

—Puesto que lo queréis, sea. Hace mucho tiempo que el señor de Meillant no ama á su prima.

—¿Que no ama á Juana?

—No.

—¿Por qué?

—Porque ama á otra.

—¡El!... ¡Imposible!

—Ya lo veis... os lo había dicho. ¡Lo dudáis!...

—Claro está que lo dudo.

—No encontraréis quien dude como vos.

—¿Soy sola á dudar? ¿Nadie duda?

—No. Las relaciones del señor de Meillant

no son un secreto para nadie... excepto para el marido.

—¡Cómo! ¿hay un marido de por medio?

—Sí; se trata de una mujer casada.

—¿Cómo se llama? Quiero saber su nombre—exclamó Zoé.

—Todo el mundo os lo dirá... Es la marquesa de R...

—¡La marquesa de R...!—repitió Zoé, á quien este nombre no aparecía en su memoria más que de una manera confusa.

—Sí, la marquesa de R...—repuso la señora de Bonneville.—La conoció en el Havre, en el mes de Septiembre último, cuando desembarcó en Francia. Además, le salvó la vida... y más tarde... ya comprenderéis...

—¡Pero—exclamó de pronto Zoé Lacassade— la marquessa de R..., la mujer de que me habláis, es Matilde Simonnet!

—Sí, la heredera de mi antiguo vecino y amigo Claudio Guérin... Precisamente por eso conozco esta historia... ¿Cómo me hubiera ocupado si no de semejante aventura?... Lamento habéroslo contado, pues veo que os he trastornado. Sobre todo no habléis de ello á la señorita Guérin... ¡Pobre niña!... Hasta la vista.

XXXIV

Si bien las mujeres de nuestras colonias son caritativas y generosas, no son, en cambio, á veces muy discretas. Y no es que sean más charlatanas que las parisienses y las demás francesas, sino que, aparte de su carácter, la viveza de su imaginación, la exaltación de su cabeza, les hacen más comunicativas, más ardientes en la expresión de los sentimientos que agitan su corazón. Sus buenas cualidades se truecan en defectos, y conforme á una frase, si vulgar, muy gráfica, no saben guardar nada. ¡Ah! Si Zoé Lacassade hubiera tenido ménos cariño á Juana Guérin, si no la hubiera considerado como á hermana, como á hija; si no la hubiera querido más que á sí misma, hubiese hallado fuerzas bastantes para callar lo que acababa de saber. Pero la revelación de la señora de Bonneville la conmovió profundamente y la indignó tanto como hubiera podido conmover é indignar á la misma Juana Guérin...

No contento con engañar á la mujer de quien quería hacer su esposa, no contento con sostener ilícitas relaciones en vísperas de su matrimonio, Roberto de Meillant elegía para manceba á la enemiga personal de Juana, á la que le había arrebatado el cariño y la fortuna de su tío. ¡Y si á esto se hubiera limitado su conducta!... Pero, además, aquella mujer era la